Dos mundos en el mismo barrio. [08-05-16]

Agustín Nicolas Molina

Image not found.

Capítulo 1

Miró el reloj de su muñeca y sí, otra vez el chico de la esquina pasaba al mismo horario. Todos los días, sin excepción, se tomaba el colectivo en la esquina. Y todos los días, sin excepción, pasaba por la vereda de enfrente sin saludar.
Luis sabía que aquel chico iba a una escuela del centro, una escuela piola. También sabía que nunca había repetido curso, su mamá se lo había dicho muchas veces. "¿Por qué no sos cómo el hijo de la Cristina?", le decía. Mantuvo la cabeza en alto, esperando por si lo miraba, para saludarlo. Pero eso no ocurrió. Él nunca los miraba, y mucho menos los saludaba. Siempre pasaba caminando rápido, escuchando música con los auriculares y mirando la nada. Al parecer, la nada era mejor que sus vecinos.
No entendía que le veían de maravilloso todas las madres del barrio. Luis, por supuesto, no veía nada en él. Solo habían hablado una vez, comprando en lo del Quique. Luis lo saludo como saluda a todo el mundo, esperando una respuesta como la de todo el mundo. No se decepcionó cuando esta no le fue dada. También lo invitó a pasar la tarde con los pibes de la cuadra; iban a ver el superclásico y tomarse algunos vinos. Y otra vez, no le decepcionó recibir una negativa furtiva y un seco hasta luego.
Y ahí iba otra vez, caminado como siempre al lugar de siempre, creyéndose muy importante. Pero a Luis poco le importaba. Había aprendido que esa gente no le servía, que él necesitaba gente copada en su vida, no un introvertido come libros que no sabía divertirse.

Capítulo 2

Se acomodó las correas de la mochila y siguió caminando. El colectivo estaba al caer. Trató de no mirar a la vereda de enfrente, dónde estaba el Luis. No entendía cómo alguien podía pasarse la vida sentado en la vereda tomando vino y drogándose y sentirse bien con ello.
Y tampoco entendía cómo sus padres lo seguían admitiendo en su casa. Si él tuviese diecisiete años y dos entradas al penal, sus padres ya lo habrían corrido. Quizás los tenía amenazados, como al pibe del otro barrio, ese que ya no se veía en la calle.
Notaba la mirada de Luis clavada en él, y se obligó a caminar más rápido. Nunca le gustó tener que pasar por ahí, se sentía inseguro. Y a la vuelta era peor; ya no había nadie en más que él fuera de su casa.
Se paró en la esquina, rogando que Luis no se levantara de dónde estaba sentado. El teléfono que su padre le había comprado era demasiado caro como para que se lo roben.
Agradeció ver el colectivo doblando en la esquina.